

»piedad han podido hacer para honrar á un  
»héroe: títulos, inscripciones, vanas señales  
»de lo que ya no es; figuras que parecen llo-  
»rar al rededor de un sepulcro, y frágiles imá-  
»genes de un dolor que el tiempo arrebató con  
»todo lo demás; columnas que parecen querer  
»llevar hasta el cielo el magnífico testimonio  
»de nuestra nada: en fin en todos esos hono-  
»res no falta mas que la persona á quien se  
»tributan.

»Llorad, pues sobre esos débiles restos de  
»la vida humana. Llorad sobre esa triste in-  
»mortalidad que damos á los héroes. Pero acer-  
»caos particularmente, vosotros, que correis  
»con tanto ardor por el camino de la gloria,  
»almas guerreras é intrépidas. ¿Quién fué mas  
»digno de mandaros? ¿Pero en quién habeis  
»encontrado el mando mas dulce y paternal?

»Llorad pues á ese gran capitán y decid gi-  
»miendo: he ahí el que nos llevaba á la victo-  
»ria; bajo su direccion se han formado tantos  
»famosos capitanes á quienes sus ejemplos  
»elevaron á los primeros honores de la guer-  
»ra: su sombra pudiera haber ganado todavía  
»batallas, y he aquí que en su silencio su  
»nombre mismo nos anima y parece advertir-  
»nos que para hallar en la muerte algun resto  
»de nuestros trabajos, y no llegar sin recur-  
»sos á nuestra eterna morada, con el rey de  
»la tierra, es necesario tambien servir al Rey  
»del Cielo.

»Servid, pues, á ese Rey inmortal y tan  
»lleno de misericordia, que os contará un sus-  
»piro y un vaso de agua dado en su nombre,  
»mas que todos los otros harán jamás con toda  
»vuestra sangre derramada; y comenzad á  
»contar el tiempo de vuestros útiles servicios  
»desde el día en que os hayais dedicado á un  
»Señor tan bueno.

»Y vosotros ¿no vendreis á este triste mo-  
»numento, vosotros, digo, á quien se dignó  
»colocar en el rango de sus amigos? Todos  
»juntos, cualquiera que fuese el grado de con-  
»fianza que os hubiese dispensado, rodead ese  
»sepulcro, derramad lágrimas con oraciones,  
»y admirando en tan gran príncipe una amistad  
»tan tierna y un trato tan dulce, conservad el  
»recuerdo de un héroe, cuya bondad habia igua-  
»lado á su valor. ¡Ah! ¡plegue al cielo que ese  
»recuerdo os sea siempre querido! ¡plegue al  
»cielo que podais aprovecharos de sus virtu-  
»des, y que la muerte que deplorais os sirva á  
»la vez de consuelo y de ejemplo!

»En cuanto á mí, si me es lícito despues de  
»todos los demás venir á tributar los últimos  
»deberes á ese sepulcro, ¡oh príncipe! digno  
»asunto de nuestras alabanzas y de nuestros  
»pesares, vivireis eternamente en mi memo-  
»ria... Vuestra imagen quedará grabada en ella,  
»no con esa audacia que prometia la victoria,  
»no, no quiero ver en vos nada de lo que la  
»muerte borra. Tendreis en esa imagen ras-  
»gos inmortales; yo os veré tal como erais en  
»ese último día bajo la mano de Dios, cuando

»su gloria comenzó á presentarse á vuestra  
»vista. Allí os veré mas triunfante que en Fri-  
»burgo y en Rocroy, y encantado con tan bri-  
»llante triunfo diré en accion de gracias estas  
»magníficas palabras del muy amado discipu-  
»lo: *Et hæc est victoria quæ vincit mundum,*  
»*fides nostra* (la verdadera victoria, la que  
»pone bajo nuestros pies el mundo entero, es  
»nuestra fé).

»Gozad, príncipe, de esta victoria, gozad  
»de ella eternamente por la inmortal virtud de  
»ese sacrificio. Recibid los últimos esfuerzos  
»de una voz que conocisteis. Vos pondreis fin  
»á todos estos discursos. En vez de deplorar la  
»muerte de los demás, gran príncipe, en ade-  
»lante quiero aprender de vos á hacer la mia  
»santa; ¡dichoso si, advertido por estos cabe-  
»llos blancos de la cuenta que debo dar de mi  
»administracion, reservo al rebaño que debo  
»alimentar con la palabra de vida los restos de  
»una voz que decae y de un ardor que se es-  
»tina!»

## XXI

Bossuet se retiró mirando la muerte con la  
misma magestad con que se retiraba de la sa-  
grada cátedra. Entró cada vez mas en el reco-  
gimiento de su crepúsculo, como un sacerdo-  
te que se desliza bajo las sombras de las na-  
ves de una iglesia.

Sus apariciones en la corte fueron ya mas  
raras, así como mas largas y frecuentes sus es-  
tancias en Meaux y en su retiro campestre de  
Champignes. Había acabado su tarea, había he-  
cho reinar por la palabra, y desgraciadamen-  
te para él, por la espada, esa unidad de culto  
que con la unidad despótica del trono subordinado á la Iglesia era la utopia de su vida.

Como pontífice nada tenia ya que desear.  
Como hombre se resignaba á no haber alcan-  
zado el doble objeto de su vida eclesiástica:  
el arzobispado de París y la dignidad de car-  
denal. El rey le habia hallado demasiado ple-  
beyo y el papa demasiado francés para engran-  
decir en él el gran tribuno de la iglesia gali-  
cana.

No se puede dudar que sentiria frecuente-  
mente con secreta amargura de su corazón  
aquella ingratitud del rey y aquel resentimien-  
to de Roma, porque era uno de esos espíritus  
que no separan la grandeza moral de la gran-  
deza de las situaciones. Un episcopado subal-  
terno le parecia contrastar injustamente con la  
eminencia de sus servicios y la superioridad  
de su genio.

De vez en cuando vemos en sus cartas tras-  
pirar cierta humillacion y cierta censura no  
articulada de aquella injuria de su destino. El  
arzobispado de París y la púrpura romana fal-  
taban, segun él al brillo de su nombre. Pero

estos dos pesares, compensados por tantos res-  
petos de la corte y de la Iglesia, no salieron  
jamás á sus labios. Si murmuró en voz baja la  
palabra de los servicios mal retribuidos como  
Strafford: *«Nolite fidem principibus et filiis  
»hominis, quia non est salus in illis* (no pon-  
»gais vuestra confianza en los príncipes y en  
»los hijos de los hombres, porque no hay sal-  
»vacion en ellos)», á lo menos no las pronun-  
ció jamás en voz alta.

La fé y la piedad cerraron silenciosa y san-  
tamente aquellas cicatrices de su corazón. Puso  
su gloria en su fé y su fé en su gloria. No en-  
tristeció su vejez, ni á sus amigos con esas  
quejas sobre la ingratitud de los hombres y las  
esperanzas burladas, que son los consuelos de  
las almas pequeñas, y el desden de las gran-  
des. Envejeció en Dios como habia vivido en él.

## XXII.

Estos pesares le apartaron del mundo, con  
el cual habia contado tal vez demasiado en su  
vida. El estudio, y sobre todo la poesía sagra-  
da, fueron ya su ocupacion constante y el en-  
canto de sus horas: la poesía es la elocuencia  
del ocio y de la fantasía.

Componia muchos versos que dejaba en-  
treleer á sus amigos, pero que anonadaba á  
medida que los escribia, ora porque los juzga-  
se indignos de su prosa, ora porque los consi-  
derase como un juego de la palabra, muy poco  
grave para su carácter sagrado; pero llenaba  
su vida con la oracion interior, con la recita-  
cion de su breviario, la asistencia á las cere-  
monias de su catedral, las polémicas sobre las  
cuestiones teológicas de la época, el perfeccio-  
namiento de sus obras literarias y de sus arengas  
ya publicadas, y la preparacion de algunos  
sermones familiares para su humilde auditorio  
de Meaux.

## XXIII.

Su alma se hallaba entregada á una conti-  
nua, pero regular actividad de espíritu. Dormia  
poco, como los viejos, cuyas vigiliatias pa-  
recen querer disputar de antemano algunas  
horas mas de pensamiento al sueño eterno que  
se aproxima: una lámpara ardía de noche en su  
aposento. Se la veía lucir de lejos al través de  
las ventanas de su habitacion, entre los árbo-  
les de su jardín, en los flancos de la colina,  
dominada por su palacio y por las sombras ma-  
cizas de su catedral. Esta lámpara era para los  
habitantes de Meaux el simbolo de su pensa-  
miento. Los pobres obreros del arrabal y los

jardineros cuyas cabañas estaban esparcidas  
sobre la colina opuesta, conocian aquella luz  
matinal, y la llamaban la *estrella de mon-  
señor*.

## XXIV.

Muchas veces se levantaba por la noche  
para notar con la pluma las ideas que visitaban  
sus insomnios.

Abrigado, dice su secretario, con una piel  
de oso cuyos pelos estaban vueltos hacia den-  
tro, los pies generalmente desnudos, la cabeza  
emblanquecida por la nieve de la edad, y su  
cuerpo alto y delgado, se asemejaba á esos  
profetas cuyos versículos recitaba y comenta-  
ba incesantemente.

Salmodiaba antes del día á media voz las  
antiguas liturgias que la iglesia ha llamado  
*Maitines* por alusion á las horas nocturnas en  
que deben recitarlos sus ministros. Trabajaba  
en seguida dos ó tres horas en sus composicio-  
nes históricas, en sus preparaciones de dis-  
cursos y en sus poesias.

La rapidez de su pluma, que apenas se oía  
rozar la página con un movimiento continuo y  
regular, recordaba esas *plumas ágiles, rápi-  
dos instrumentos de la inteligencia*, que ha-  
bia invocado en su oracion fúnebre del cau-  
ciller.

Como todos los escritores que quieren tra-  
bajar mucho, arrojaba la pluma tan pronto  
como no corria entre sus dedos. Sabia que el  
genio es una juventud del pensamiento y la  
inspiracion cesa en cuanto comienza el can-  
sancio. Entonces se volvía á acostar al rayar el  
alba y reposaba su alma en un segundo y bre-  
ve sueño. Dedicaba el resto del día al mundo,  
á los negocios, á la catedral, á la mesa frugal,  
al ocio, á la conversacion, á la lectura y á la  
jovialidad graciosa con sus amigos.

## XXV.

Su opulencia le permitia descuidar comple-  
tamente sus asuntos domésticos. El mismo con-  
fesaba su ineptitud para esos intereses mezqui-  
nos de una gran casa: la iglesia y el rey se  
habian encargado de ellos. Debaba correr abun-  
dantemente en un lujo fácil, en el seno de los  
pobres, de los amigos y parientes lo superfluo  
de sus ahorros. Tenia una corte de amigos,  
compuesta de los primeros hombres de su  
siglo.

Ademas de Fenelon, que habia perdido sin  
que pudieran acusarle de no haber esperado  
siete años su arrepentimiento, se contaban en

tre sus amigos reconocidos el gran Condé; el ministro Mr. de Malerien; Mr. de Valincourt, cuya gloria se cifraba en la estimacion de todos los hombres escogidos del siglo; Mr. de Ormesson, administrador eminente, el orientalista d' Herbelot, que le enseñaba á los setenta y dos años la lengua hebrea; Pelisson, precursor de Boileau; la Bruyere, precursor de Moliere; Boileau que le dirigia su *Epistola sobre el amor de Dios*; Racine, que sometia á su juicioso exámen la *Athalie*, y Santenil, que le dejaba corregir sus himnos y decia de él:

«*Per quem religio manet inconcussa, sacerdos!* (Pontifice, por cuya mano resiste la inalterable fé á todos los sacudimientos del siglo!)»

Otros menos célebres. el abate de Fleury, que escribía la historia á su presencia con la modestia de un discípulo; el abate Ledieu, el comensal, el secretario y confidente de todas sus edades; Bourdaloue y el jóven Massillon, que venian á Germigny y á Meaux á ensayar sus sermones delante del maestro de la palabra.

Su conversacion era reposada, dulce, amena, y á veces jovial, sin gazmoñeria y sin licencia. Gustábase la facilidad, pero jamás la indecencia.

«Sed festivo, pero no chancero, escribía á uno de sus familiares, la chanza cuando es personal, toca demasiado cerca á la burla, y la burla es generalmente insípida ú ofensiva.»

Apreciaba poco la risa, que ofende casi siempre ó la dignidad ó la caridad. El hombre lleno de pensamientos graves no resucita tan hueco. Jesucristo, su maestro, no habia reido una sola vez en su vida; pero á Bossuet le gustaba la sonrisa, que no es mas que el freno del talento y el agasajo del corazon.

## XXVI.

Largo tiempo hacia que padecimientos sorcos, producidos por su asiduidad sedentaria al trabajo, hacian temer á sus amigos que estubiese amenazado del mal de piedra.

El mismo no se hacia ilusiones sobre el estado de decaimiento y postracion en que se encontraba y presentia su fin. En 1702 se despidió de su clero en un discurso dirigido al sínodo de los eclesiásticos de su diócesis, discurso en que recordó involuntariamente su peroracion patética de la oracion fúnebre dedicada á la memoria del príncipe de Condé.

«Estos cabellos blancos, les dijo, queridos hermanos míos, me advierten que pronto debo ir á dar cuenta á Dios de mi ministerio, y que tal vez será hoy la postrera vez que os hablé.»

Empleó sus últimos dias en traducir en verso francés los salmos, única poesia digna de él, que «esperaba (decia) oír cahtar en el cielo, y con los cuales queria consolarse de antemano en la tierra.»

Sin embargo dudaba todavia de la naturaleza incurable de su mal. La conviccion que de ella recibió por boca de Fagon, el gran médico de la época, le dió la muerte mas que la enfermedad misma. El horror á la operacion que tenia que sufrir prevaleció sobre la constancia del filósofo y sobre la virtud del cristiano. Apoderóse de él una fiebre de terror; se perdió su voz, se le cayó la pluma de la mano; no pudo acabar de escribir él mismo la esquelita llamando á su confesor para preparar su alma á ese azar de una operacion peligrosa. Palideció ante el imágen del tormento que iba á hacerle sufrir el arte.

El vigor de su salud y la constancia de su fortuna le habian preparado mal á ese suplicio. Tuvo compasion á su cuerpo, él que no la habia tenido á las lágrimas y al suplicio de tantos proscriptos. Lloró, no delante de la muerte, sino delante del dolor.

## XXVII.

Su sobrino, el abate Bossuet, aprovechó esa debilidad para conseguir de él que pidiese al rey la supervivencia del obispado de Meaux, herencia resignada en las manos de un indigno heredero. Mad. de Maintenon y el cardenal de Noailles, no queriendo condescender á esta debilidad de nepotismo de Bossuet, ni contristar su fin con una negativa, aconsejaron al rey que aplazase la gracia, sin concederla ni negarla.

Bossuet en un intervalo de su mal se presentó en la córte para hablar en favor de su sobrino. Luis XIV le recibió como á padre espiritual; pero le dijo que aun no habia llegado la hora de pensar en su herencia.

La fatiga y la fiebre le retuvieron algunos dias en Versalles, donde recibió los Sacramentos de la Iglesia y dictó su última voluntad.

La enormidad de las deudas que habia contraído por la negligencia de sus asuntos domésticos llenó de consternacion su espíritu. Una languidez mortal, pero lenta, sucedió á los accesos del mal. Aprovecháronse de ella para llevarlo á Paris. Sus sueños durante las noches eran interrumpidos por gemidos y delirios, y oíasele quejar y resignarse en voz alta. Por el dia hacia que le leyesen constantemente los evangelios como promesas que tenia necesidad de oír para tranquilizarse contra la muerte.

«A petición suya le leía generalmente cinco ó seis veces seguidas el mismo Evangelio.»

escribe el amigo que velaba al lado de su cama.

Una afluencia sin cesar renovada de cortesanos, amigos y sacerdotes, asediaban su puerta, porque todos presentian que iba á extinguirse una gran gloria del siglo, y querian recoger sus últimos resplandores. Los últimos suspiros de los grandes hombres son un espectáculo que la tierra desea retener. Bossuet habia recobrado la serenidad y la confianza de vivir.

«Bien veo, decia, que Dios quiere conservarme.»

Encendiase de nuevo en él el ardor de la controversia, revisaba sus libros contra los jansenistas y dictaba correcciones á su *Politica sagrada*. Lejos de haberse eclipsado su genio, escribía líneas llenas del jugo de sus mas robustos años.

«La fé, decia, es una antorcha; pero es una antorcha que alumbrá en un lugar oscuro, donde no disipa todas las tinieblas. Si todo estuviese oscuro marchariamos como á tientas en una noche profunda, en peligro á cada paso, y sin poder jamás convencernos; pero tambien si todo estuviese claro, creeríamos hallarnos en la patria y en la luz de la verdad. Todo reconoce la necesidad que tenemos de ser guiados y enseñados, dentro por el espíritu divino, fuera por la autoridad de la Iglesia.»

Frecuentemente repetía el siguiente pasaje del Evangelio, que sin duda se destinaba por epíteto á sí mismo.

«Ha aparecido en el mundo para la perdicion y la salvacion de muchos.»

La fiebre mortal le consumía rápidamente. «Cesad de engañarme, dijo á sus amigos, hágase en mí la voluntad de Dios. Conozco que se aproxima mi hora. Oremos juntos, sienta destruirse mi máquina; oremos, pero poco de una vez, á causa de mis dolores.»

## XXVIII.

Era la semana en que la Iglesia conmemora por medio de la oracion, el duelo y la alegría, los suplicios y la resurreccion de Jesucristo. Se unió de corazon á las ceremonias sagradas. Habláronle de su mision tan magníficamente realizada, de sus obras, de sus virtudes, de su santidad y de su gloria. A esta palabra gloria, que acaso habia sido su debilidad, se indignó contra sí mismo.

«Terminad ese discurso, exclamó, no habléis sino de perdon; es la única palabra del hombre.»

El frío subió al fin de los miembros al corazon. La cabeza pensaba y oraba todavia, y se le oia balbucear en latin:

«*Vim patior, sed scio cui credidit* (sufro la violencia del dolor y de la muerte; pero sé en quien he creído.)»

La fé sobrevivía á aquella vida. Despues de estas palabras quedó aletargado y durmió pacificamente hasta la mañana. Al despuntar el dia se oyó una respiracion mas fuerte que las demas: era la última. Bossuet no existia ya. El juicio comenzaba para él allá arriba, la memoria aqui.

## XXIX.

Esta memoria es augusta, pero no intachable: hay dos cosas en este hombre: el hombre y el talento. El talento es incomparable, el hombre es inferior al genio: tuvo la voluntad recta, pero violenta; el genio inmenso, pero tiránico; su carácter absoluto, imperioso, no fué solamente de un gran apóstol, sino tambien de un gran juez. Hay lágrimas en la historia que protestan eternamente contra él. Trajo á este mundo la guerra y no la paz. Una guerra eterna removerá su memoria en su sepulcro. Hizo algun bien á la religion, ninguno á la humanidad; pero dió inmensa gloria á su patria. Esta gloria del talento sigue y crece entre los adoradores del espíritu humano; pero no está en sus obras, sino en él.

Su filosofia natural estaba limitada por el espíritu dogmático, desde donde consideraba sistemáticamente el universo. Fué mas teólogo que filósofo. Las disputas sacerdotales en las que consumió su vida han caducado; la distancia las disminuye todos los dias á los ojos de la posteridad. Su historia universal no es mas que un juego de ingenio, sus controversias no son mas que torrentes de voz, cuyo sentido no se entiende ya desde tan lejos al cabo de dos siglos. El quietismo, el jansenismo, y las sutilezas de las máximas de la Iglesia galicana son cenizas frias que ninguna palabra del profeta puede encender.

Las cartas á sus religiosas, las conferencias con sus sínodos de Meaux, los sermones para las tomas de hábito en sus claustros y las oraciones fúnebres, aun de algunas reinas y princesas, ó de algunos amigos de córte, mas ó menos dignos de aquella gran voz, no son ya por el asunto sino magníficos testimonios de la nada de aquellos nombres muertos con su panegirista. Todo es momentáneo, accidental en las ocupaciones de aquella larga vida, y nada escepto la lengua, podia llegar á ser monumental en las edades.

Pero Bossuet es el monumento de sí mismo. La naturaleza era tan grande en él, que ha sobrevivido y sobrevivirá eternamente á sus obras. Es la grandeza de Dios, no la suya; es la mas abundante y la mas sublime palabra con que la

naturaleza ha dotado los labios de un hombre. Bossuet está de tal modo incorporado á la gloria de la Francia, que disminuyéndole, se quitaría algo á la magestad del genio francés.

Este nombre se asemeja á esas cumbres de los Alpes ó del Himalava, cubiertas de nieves

ó de rayos, que los hombres no habitan, pero que constituyen la fama y el orgullo de las comarcas que aquellas montañas tienen á la sombra, y sirven para medir la altura á que la tierra puede elevarse en el cielo.

## MILTON.

Año de 1627 de J. C.

I.

Milton es uno de los tres grandes poetas cristianos que fueron á la teogonía de la edad media lo que Homero fué al Olimpo pagano. Estos tres grandes poetas teológicos son Dante, el Tasso y Milton. La *Divina Comedia* de Dante, la *Jerusalén libertada* del Tasso y el *Paraíso Perdido* de Milton son las *Iliadas* y las *Odiseas* de nuestra teología.

Estos poemas son casi de la misma fecha, es decir, de la época en que los misterios, todavía muy sagrados, comienzan sin embargo á servir de texto y aun de juego á la imaginación de los artistas; época muy peligrosa para los dogmas con los cuales se familiariza el espíritu, dejándolos pasar del santuario á las letras.

Las religiones severas deberían, como Platón, espulsar á los poetas. El que canta sus dioses, está muy próximo á profanarlos. Pero tan incontestable y tan soberana era la teología en tiempo de Dante, del Tasso y de Milton que ni siquiera prevenía el peligro. Dejaba á los poetas mezclar impunemente sus fábulas y sus verdades; todo incienso le parecía bueno, aunque estuviese compuesto de las flores más sospechosas de la antigüedad mitológica, y quería que hasta sus sueños fuesen cristianos.

II.

De estos tres grandes cantores de la teología que acabamos de citar, uno solo es verda-

deramente original, es decir, nacido de sí mismo, de su fé, de su país y de su tiempo: este es el Dante. No se parece á ninguno de la antigüedad poética; es un monge de algún sombrío convento cristiano de la edad bárbara, que sueña bajo las bóvedas de su claustro un paraíso, un purgatorio y un infierno monásticos, como su imaginación, y que cuenta al despertar á sus hermanos en sencillez cosas extrañas, extravagantes, triviales, atroces, algunas veces sublimes que jamás habían sido contadas.

Es el Apocalipsis de los poetas, inteligible por el sentido, grandioso y casi antediluviano por la imagen, incomparable y verdaderamente monumental por la lengua.

III.

El Tasso imita á Homero y Virgilio, adaptándolos á la religión, á las costumbres, á la lengua, al gusto y aun á los vicios de su tiempo. La religión no es más que el pretexto de su poema; la caballería, la guerra y el amor forman su fondo. Es más amante que teólogo. Sus narraciones son graciosas como las pastorales de Teócrito, melancólicas como las elegías de Tibulo y romancescas como las aventuras de los Amadis. Es el romance de caballería pasado con los árabes de Bagdad á Ferrara y elevado por el tierno genio del Tasso á la dignidad y á la inmortalidad de la epopeya.

IV.

Milton es el menos original de los tres grandes poetas cristianos, porque imita prime-